



UN BAÑADOR CON BOLSILLOS

Me sitúo ante el papel en blanco cargada de un caos de sensaciones, impresiones y pensamientos, sobre un tema: **la confusión y el miedo ante el aprendizaje en los niños y niñas**. Un tema que se bifurca, se expande, pasea por diferentes pisos y paisajes: la relación con los niños y niñas en la escuela, con madres y padres, lo compartido entre los que formamos el equipo, mi historia personal y la de cada cual... el esfuerzo es poner cierta distancia y ordenar para que se desvele el sentido de lo que veo y quiero seguir.

Parto de este momento, el de disponerme a escribir este artículo; me encuentro exactamente ante una nueva experiencia, inevitablemente, de aprendizaje. **¿Qué me sucede?** Me sitúo ante el papel con la expectativa de conseguir escribir palabras que interesen a otros, que reafirmen lo que he experimentado y pensado, que me sirvan para seguir aprendiendo. Valoro que tengo un día y medio y un considerable cansancio acumulado, para pasar de mis cuatro notas a ese anhelado artículo. Siento el temblor ante el no llegar, ante el aceptar mis limitaciones en este momento, ante un posible artículo mediocre a mis propios ojos, ante ojos ajenos. Siento también la rebelión ante el compromiso que no me deja elección, que me aboca a un tiempo de conversación con el ordenador, muy probablemente demasiado largo, en este precioso fin de semana de primavera. **Con todo eso comienzo a escribir.** No a pesar de todo eso, no obviando todo eso, no más allá de todo eso, sino **con todo eso.**

Me viene una imagen: estoy en el borde del trampolín de una piscina de agua cristalina en un caluroso día de verano. Es mi primera vez. **Mi bañador está lleno de bolsillos**, como los calzoncillos de mi querida surrealista Tarara*. **En ellos guardo todo lo que tengo:** el deseo de escribir este artículo, el gran deseo de dar ese salto al vacío y comenzar, y junto a él, el miedo al juicio, al auto-juicio, la expectativa, el placer de pensar, la pereza de pensar, la rebelión ante el compromiso de última hora, la fuerza del compromiso elegido... Se me aparecen dos grandes momentos. Uno es el del salto en sí mismo: suspendido mi cuerpo en la nada, constatación de estar ya en la realización de la decisión, instante irreversible en el que el contenido de mis bolsillos se puede agitar y atorarse en la abertura o puede salir despedido lejos de mí. El otro momento es el del contacto con el agua: el milagro de entrar por fin en lo deseado, en el que lo desconocido se torna conocido, aunque ese conocimiento no tenga fin.

Sobre eso quiero escribir, sobre **lo que nos puede suceder** como adultos y lo que seguramente también les suceda a los niños y niñas **cuando se enfrentan a lo desconocido, a los retos, a las dificultades**. Me planteo empezar desde la honestidad y el cariño hacia mí misma, de donde salga un artículo abierto e inacabado que se enriquezca en el compartir y que no pretende

llegar a conclusiones. Dar cuenta de una búsqueda propia en permanente movimiento y de sus momentos**.

Una niña de 6 años, cuando el adulto propone una actividad o relaciona lo que sucede con un nuevo conocimiento, suele expresar: *-ya lo sé-*. Es un **“ya lo sé” que no escucha, que se cierra antes de abrir** los ojos curiosos a lo que se presenta, nos dice que no está disponible, que se defiende de lo que le pueda llegar del adulto. Significa que no está preparada tampoco para mostrar su propia vulnerabilidad. No confía. Más allá de esa situación, **cuando a una criatura le cuesta decir “no lo sé”**, me pregunto qué ha perdido y cómo por el camino. Parece que en algún momento ha entendido que “tiene que saber o debería saber”, que tiene que mostrarse capaz, que la fragilidad que incluye nuestra realidad humana, no cabe o tiene un estrecho lugar entre los adultos y por tanto es algo a ocultar. Seguramente también ha comprendido inconscientemente que hay una línea divisoria que no es neutra entre el saber y el no saber; es la línea del bien y del mal. Saber es bueno y no saber es malo. La realidad ha dejado de ser la que es: sé o no sé, para convertirse en una dicotomía cargada de juicio que le presiona de forma insostenible en la relación con las personas más cercanas y necesarias. Me parece que nuestra historia como adultos es la misma. Mi historia es la misma. ¿Cuántas veces he visto una mirada curiosa, abierta a lo desconocido, sorprendida, en un adulto, cuántas en mí misma?, ¿cuántas veces he oído a un adulto admitir su ignorancia, a mí misma hacerlo?

Todos conocemos expresiones de la misma gama entre los niños y niñas: **“no me interesa”, “me da igual”, “no tengo ganas”** (ese conocido “no em ve de gust”), etc. Sobre el papel pueden parecer ser expresiones reales, claras, ciertas. Pero la realidad es mucho más rica en lenguajes y nuestra observación de cada criatura más completa que la de un instante. Por eso muchas, muchísimas veces tenemos la certeza de que **estas expresiones ocultan algo**: una dificultad que se ha vuelto inconfesable a los demás, la inseguridad ante la gran auto exigencia al responder a lo que se espera de nosotros, una gran necesidad de reconocimiento que se expresa en la oposición (me opongo al adulto, a lo que propone y espera de mí y así ocupo un lugar propio, el que hay frente a él), una sensibilidad emocional que se ha cerrado por no ser atendida.

Otro aspecto que va de la mano de éste es el de **la capacidad de esfuerzo ante la dificultad**. Un niño o niña ha probado algo y comprueba que no le resulta fácil, que para conseguir lo que se propone ha de invertir una energía, un esfuerzo, con el que en principio no contaba. ¿Por qué eso resulta un problema?, ¿Por qué en un ambiente en el que los niños y niñas pueden elegir, muchos de ellos y ellas eligen lo fácil?

El mundo en el que vivimos ha virtualizado, casi sin darnos elección, la rapidez y la facilidad, el placer y la ligereza. Pero además, en el ambiente educativo no directivo, en el que el respeto se confunde con la observación pasiva, no se entiende como necesidad del niño y derecho del adulto confrontar al niño con su dificultad y con la evidencia de que para superarla ha de recurrir al esfuerzo. Eso simplemente supone echar mano de la energía reservada de la que dispone, de su capacidad de superar los obstáculos que se le presentan. Mi experiencia es que el fruto de ese acompañamiento tibio y cómodo por parte del adulto es el de ir debilitando la fuerza vital y favoreciendo una imagen de sí mismos como incapaces.

Cuando hablamos de **cuidar el impulso de aprender** lo entiendo como una apertura. Lo que nos abre es el deseo, la necesidad, el impulso consciente e inconsciente de conocer, de mejorar, de avanzar. No es un sí a todo y en cualquier momento. Hay veces que se impone una necesidad más urgente, más vital, y esa necesidad puede ser de cierre y protección, pero si eso se instala... En la medida que los niños y niñas se sienten confiados en que los adultos están presentes (ni más ni menos, ni sobreprotegiendo ni abandonando) ese impulso cobra protagonismo, se expande, ilumina. Es un sí que recoge la vitalidad a disposición del sentido en la exploración de lo desconocido incluyendo la dificultad que lleva a persistir, a modificar, a comprender haciendo nuevas conexiones neurológicas.

Es evidente que tarde o temprano aparecerá un desajuste entre lo que quiero y lo que puedo. La realidad se impone y hay cosas que no nos es posible hacer ni cambiar. Tenemos una gran capacidad de aceptación de lo que es, y que suele asomar tras la frustración, cuando estamos en línea con la cualidad del movimiento de la vida. ¿Cuántas veces hemos visto a un niño o niña llorar, enfadarse o frustrarse por no conseguir lo que quería e instantes después volver a intentarlo, probar de otra manera o dirigirse con alegría hacia otra cosa?

¿Cómo saben de una manera tan contundente los niños y niñas más pequeños cuando una experiencia de aprendizaje ha acabado para ellos en ese momento para dar paso a otra?, ¿cómo se mantiene esa claridad, esa certeza? Estoy segura de que la duda forma parte de esos primeros tanteos, una duda inconsciente; miden el grado de su deseo, de su interés de una forma simple y directa (no como un acto mental): ¿sigo o lo dejo aquí?, ¿persisto ante la dificultad o el fracaso provisional o me rindo y abandono por ahora?, ¿Cuál es la clave para mantener esa fluidez?, ¿por qué los niños pueden pasar de ella a la rigidez de las ideas que inmovilizan y restringen las ganas de aprender en unos pocos años?, ¿cómo podemos nosotros los adultos recuperar ese deseo de conocer, explorar y la capacidad de asombrarnos?

Creo que el diálogo interno es el que me permite traspasar límites. Es el instante de enfundarme el bañador y llenar sus bolsillos, conscientemente, mirando lo que puedo mirar y tomando la firme decisión de saltar con ese peso. Creo que en los niños ese diálogo se puede ir haciendo consciente en la medida que se sientan escuchados limpiamente, honestamente. Limpiarnos del juicio es una tarea ambiciosa, personalmente me la propongo como Norte, para que la evidencia de su tamaño no me abrume.

Una de las dolencias que sufrimos ante una situación nueva, desconocida y como consecuencia sufren nuestros hijos e hijas, los niños que cuidamos como acompañantes, es **el miedo al fracaso, el miedo a equivocarnos**. No sabemos, estamos buscando nuestra propia manera de ser madres, padres, docentes, respetuosos con la vida que palpita con fuerza en los niños y niñas. Rastreamos dentro, en general, tenemos una demasiado escasa experiencia de haber sido hijos e hijas respetados y por tanto no podemos recurrir al máximo referente, el empapado en la propia alma. Buscamos referentes externos, ecos de músicas desconocidas que apreciamos, pero que no es posible entonar con nuestra propia voz si no es a través del exponernos al riesgo a desafinar. El engaño tan generalizado, es a mi parecer, es el de creer que cantamos cuando estamos haciendo *play back*, es decir simulando tener la voz de otro.

Para las niñas y niños es lo mismo. Sus referentes somos los adultos, fundamentalmente la madre y el padre, después el resto de los adultos, los otros niños. Claramente esos referentes

son para ellos y para nosotros, necesarios para crecer, para aprender. El momento clave es el optar por el camino de mirar al referente como inspiración o seguirle fielmente anulando nuestra propia experiencia. Exponerse a lo desconocido siempre implica el riesgo de la insatisfacción.

Equivocarse es una experiencia dolorosa, sobre todo cuando es perceptible en el otro el fruto de nuestra equivocación, la intensidad se multiplica cuando ese otro es nuestro hijo o hija. Tememos a ese dolor, porque desconocemos su dimensión. Somos mortales y no dioses, ni siquiera semidioses. Pero deseamos, en lo más profundo de nuestro ser ofrecer lo mejor que tenemos a nuestros hijos e hijas, a los niños que nos confían. Y esquivamos hábilmente caminar ese áspero territorio del dolor: “Hay que ser positivos”, “tampoco es tan grave”, “los niños se adaptan a todo”, “hay que dejar libertad a los niños, no hace falta hacer nada”, etc. Hay una expresión vinculada a la nueva psicología y a la mística de todas las culturas: “hacemos lo que podemos hacer”. Es una expresión inmensa, de una verdad que yo al menos no acabo de abarcar, porque supone rendirse a algo más grande que lo humano. Sin embargo puede ser usada con mucha ligereza, como remedio condescendiente ante lo que no queremos mirar. Para los niños hay una frase casi automática que esquivo y protege: “los demás también lo hacen”. Esa frase la conocen la mayoría de los niños y niñas. Se aprende rápido, porque han entendido que es preferible no pasar por la incomodidad de reconocer lo que me sucede dentro y es doloroso.

Entonces aparece la culpa, reina del sufrimiento humano que acarrea otra calidad de experiencia que la del dolor, ésta sí, verdaderamente insostenible. Aparece cuando decidimos inconscientemente esquivar el dolor que hemos provocado, nos negamos a asumir la responsabilidad sobre esa realidad. Gigante demonio que nos acecha apenas somos conscientes del error: no debería de haber hecho eso, debería de haber hecho algo diferente. No entendí la necesidad de descarga de mi hijo y me enfadé (descargándome yo de mis propias tensiones), le dejé solo un momento y se sintió abandonado, le presioné por mi miedo a que no se interesara por si solo por lo que para mí es importante que aprenda, me adelanté e invadí su espacio de autonomía, le di mis soluciones a sus conflictos...

¿Pero realmente nos equivocamos? Equivocarse significa que hay una posición correcta y otra incorrecta. Este es el modelo que hemos vivido, el que nos rodea, el que nos gobierna inconscientemente. Existe lo bueno y lo malo y esos dos polos dividen la realidad con una frontera imborrable. ¿Quién marca esa supuesta corrección?, ¿cómo tenemos la certeza de haber hecho lo correcto?, ¿a qué experiencia interna me refiero cuando digo que he metido la pata, que he cometido un error?

No sé, no conozco, me interesa hacer o la circunstancia me impele a hacer. He hecho lo que podía hacer significa lo que estaba preparado para hacer, lo que corresponde al punto exacto en el que estoy situada en este instante. Y si eso no se corresponde con las necesidades de mi hijo o hija, me duele. La corrección es una ilusión, un pico inalcanzable por definición y ese trasfondo del bien y del mal nos impide entrar en la realidad desnuda, con su dimensión inalcanzable. En el fondo es una cuestión de humildad, de reconocimiento de nuestras limitaciones, de nuestra pequeñez en el contexto de la vida.

Vuelvo al artículo y lo reconozco como una experiencia de aprendizaje. He hecho un gesto, consciente en este caso, pero las más de las veces inconsciente en los niños, de responder a mi deseo de aprender. El papel ya no está vacío, salté del trampolín y me han sucedido muchas cosas mientras las palabras iban llenando el blanco. He descubierto y me pregunto si eso me ha transformado en alguna medida. He hecho un viaje entre dónde estaba antes de escribir y donde estoy, eso es seguro. Sí, puedo decir que mis ojos ven nuevos matices y se vuelven a abrir a nuevas posibilidades.

En medio de este recorrido ha habido una siesta y en ella también he aprendido algo, os cuento: al rato de entrar en el reino de Orfeo me despierto, valoro levantarme pero el cuerpo no me obedece, me dejo regresar al sueño. Me vuelvo a despertar, miro mi Don reloj de péndulo, han pasado dos horas (escucho lo que eso me provoca). Me atrevo a hacer la prueba de cerrar los ojos por si acaso quedara un resto de sueño. No, está claro que no, es forzado. Entonces el cuerpo sigue a mi voluntad y me incorporo ligera. Con el comer es igual, existe ese momento en el que aparece la certeza de que ya no necesito más (y cuantas veces me lo salto por el placer del paladar pegado a la necesidad de descargar mi tensión). Pienso que puedo usar esa estrategia “científica” con todo proceso en el que el final no se me aparezca como evidente. En el escribir ha de ser necesariamente también así: compruebo con esa actitud científica lo que no estoy segura de saber directamente; no ha sido fácil, he tenido momentos negros, he sentido la presión del Cronos, pero también he gozado del Kairos, de la alegría de encontrar un hilo, he vuelto a revisar y a descubrir huecos, desórdenes, repeticiones. Rastreo en mí por si hubiera algo más y me dispongo a seguir escribiendo, pero no fluye nada. Estoy quedándome vacía por ahora, es decir este artículo de hoy va llegando a su final. Lo que tenía para decir en este momento está; de forma imprevista mi expectativa ha dado paso a una realidad: he llegado hasta aquí en mis reflexiones. El deseo está cumplido por ahora y decido poner “fin”. Aunque no estoy del todo satisfecha, sí suficientemente satisfecha; este salto y este baño han merecido el esfuerzo.

**La Tarara es el personaje de un poema de García Lorca que forma parte ya del cancionero popular infantil castellano.*

***Está muy reciente la rica experiencia en el Seminario de investigación narrativa en el que Mercè y yo hemos participado estos días, invitadas por la UB.*